

Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, ¿o la identidad de género del observador, del autor?¹

Emilce Dio Bleichmar

La riqueza de los temas abordados por Freud en el texto sobre Leonardo es de amplio conocimiento en la literatura psicoanalítica, de los cuales hemos de tomar sólo algunos de ellos siguiendo el hilo de nuestra investigación. En primer lugar, lo que constituye el título mismo del ensayo, “el recuerdo infantil” y la problemática asociada al mismo acerca de su estatuto de realidad, cómo los recuerdos se mezclan con los fantasmas y la dificultad para establecer los hechos brutos de la historia vivida. El concepto de *fantasma retrospectivo* inaugura el planteamiento del carácter específico de la causalidad *après-coup* en el espacio subjetivo. También nos detendremos en el tema de la continuidad entre el mito y el fantasma de la madre fálica o/y la mujer con pene, no tanto en su vinculación con la causación de la homosexualidad, sino en la generalización que se ha propuesto de este fantasma para la feminidad normal. Y finalmente, la hipótesis sobre la importancia de la curiosidad sexual como motor de la motivación para el saber y la creatividad, es decir, el tema de la sublimación en psicoanálisis.

¹ Este trabajo es un capítulo de la Tesis Doctoral *La Construcción del Significado Sexual en la Niña en la Teoría Psicoanalítica*, presentada a la Universidad Autónoma de Madrid, Noviembre 1996.

EL FANTASMA RETROSPECTIVO

Se trata de una obra de aplicación del método del psicoanálisis clínico al estudio de la vida de Leonardo y en él desempeña un prominente papel el recuerdo-fantasía de infancia de Leonardo, según el cual había sido visitado en su cuna por un ave de presa. El recuerdo en cuestión es el siguiente: “Parece que ya de antes me estaba destinado ocuparme tanto del buitre, pues me acude, como un tempranísimo recuerdo (el texto italiano dice “el primer recuerdo de mi infancia”), que estando yo todavía en la cuna, un buitre descendió sobre mí, me abrió la boca con su cola y golpeó muchas veces con esa cola suya contra (“entre”) mis labios” (Freud, p. 77).

Es a este recuerdo que Freud aplica el método clínico: “Cuando descomponemos una fantasía de infancia, aspiramos a separar su real contenido mnémico de los motivos posteriores que la modifican y desfiguran” (p. 84). La interrogación de Freud se centra, principalmente, en dos aspectos: ¿el elemento buitre es un contenido mnémico objetivo o producto del relato del adulto? O sea que el recuerdo podría haberse elaborado sobre la categoría de un mensaje del adulto. Y en segundo lugar, qué motivos podían haber inducido a Leonardo a sustituir a la madre que amamanta por el buitre que introduce su cola en la boca del niño.

Freud utiliza dos vías de indagación sobre el recuerdo: la simbólica y la mitológica. Dado que en un trabajo de psicoanálisis aplicado las asociaciones del paciente quedan eliminadas, entonces Freud confía en: a) los datos biográficos; b) las contingencias de episodios y de influencias del medio; c) los informes sobre el comportamiento de Leonardo. A este conjunto de datos le aplica el conocimiento psicoanalítico de los símbolos y de la sexualidad infantil.

Siguiendo la vía simbólica Freud selecciona representaciones tales como: la succión del pecho; la succión de la cola del pájaro y consecuentemente la succión del pene; la equivalencia pecho-pene-cola del pájaro como símbolos sexuales (también el vuelo, en el trasfondo, como símbolo de la relación sexual); la imagen de la madre con pene, figurada en el pájaro (que Freud pensó que era un buitre)², como etapa previa al complejo de castración y como

² “En su cuaderno de anotaciones (de Leonardo), a esta ave se la llama ‘nibio’, que en su forma

renegación de la castración de la madre (en el texto es utilizado explícitamente el término renegación *Verleugnung*).

La otra vía es la mitológica que le permite superponer el buitre a la divinidad egipcia femenina materna “*Mut*” (donde Freud se halla predispuesto a reconocer la misma raíz de la palabra alemana “*Mutter*”). Freud sostenía que si bien el eslabón original del “recuerdo” podía hallarse en el antiguo Egipto, la forma de transmisión real de esta construcción fantasmática desde la antigüedad a Leonardo, bien podía haber sido el uso de esta divinidad que hacían los padres de la iglesia, como modelo de la naturaleza de la concepción virginal de María. Habían admitido como verdad fisiológica, biológica, esta leyenda egipcia del buitre unisexuado y fecundado por el viento.

Con todos estos hilos Freud va anudando las conclusiones de su análisis, el recuerdo de una relación sin padre, sólo con la madre. Los datos biográficos así lo testimonian; Leonardo nació en 1452 en el pequeño pueblo de Vinci y era hijo extramatrimonial de Ser Piero da Vinci, notario y descendiente de una familia de notarios, familia que daba el nombre al lugar. Su madre, “una cierta Caterina”, era probablemente una muchacha campesina que más tarde se casó con otro morador de Vinci. El matrimonio de Ser Piero con Donna Albiera no tuvo hijos y por esa razón Leonardo fue acogido en la casa paterna. En datos del catastro del lugar, aparece Leonardo en 1457 como hijo ilegítimo de Ser Piero. Se puede pensar que hasta alrededor de los cinco años permaneció con Caterina (p. 76).

Es así que Freud concluye que por la contingencia de su nacimiento ilegítimo, la madre debió echar de menos al padre y tomar a su “hijito como reemplazante de su marido”. La serie de misteriosas imágenes pintadas por Leonardo con la singular sonrisa enigmática que las caracteriza: Monna Lisa, Santa Ana, la Virgen y el Niño, San Juan Bautista, son interpretadas por Freud, como la ilustración de la hiperternura de Caterina en su relación temprana con el niño.

moderna, ‘*nibbio*’, es la palabra italiana para ‘*milano*’. Empero, en su estudio, Freud la traduce por la voz alemana ‘*Geier*’, ‘buitre’’. (Nota introductoria de James Strachey, p. 57) Este error se constituye en un ejemplo de las dificultades de otorgar valor a una interpretación retrospectiva y, simultáneamente, revelador del poder del mito, en tanto creencia que guía la lectura simbólica.

Los problemas teóricos que se desprenden de tal análisis y que retomaremos para los fines de nuestra investigación son los siguientes: ¿cómo la actividad fantaseadora de Leonardo llegó a dotar al pájaro representante de la madre que amamanta con el distintivo de la masculinidad? ¿Se trata de un fantasma, recuerdo o pura y simple reconstrucción?

LA MADRE FALICA

a. La tesis de Freud. El fantasma individual o la teoría sexual infantil

“... el supuesto infantil del pene materno es la fuente común de la que derivan tanto la figura andrógina de las divinidades maternas, por ejemplo la MUT de los egipcios, como la ‘coda’ del buitre en la fantasía de infancia de Leonardo”. Freud, *Un recuerdo infantil* (p. 91).

Freud sostiene que en realidad podemos observar en el “recuerdo” de Leonardo una similitud estructural con la diosa egipcia, y que tal similitud se basa, en un caso como en otro, en una misma concordancia: las teorías sexuales infantiles. Es a partir de esta concordancia que el fantasma de Leonardo queda –como sostiene Laplanche– liberado de la hipoteca del conocimiento previo por parte de éste, del fundamento del buitre como base de la imagen de la diosa Mut. Por el contrario, ambos resultan –a pesar del espacio temporal que los separa– de una fuente pulsional y cognitiva común: las teorías sexuales infantiles y el hecho que el varoncito pase por una fase en la cual atribuye a la madre la posesión de un pene.

Es nuestro interés poner de relieve que este trabajo de Freud, que data de 1910, es uno de los centrales para el desarrollo del concepto de madre fálica y/o mujer con pene en la teoría psicoanalítica. En primer lugar, aparece como un fantasma-teoría infantil, es decir un intento de dar una explicación, cognitiva y lógica, a un dato de la realidad que el niño enfrenta y que necesita comprender: la diferencia de sexos. El fantasma de mujer con pene es a partir del análisis de Juanito un componente obligado de

la fase de investigación infantil llamada fase fálica, en la doctrina psicoanalítica.

La teoría sexual de la castración es tributaria –en tanto producción cognitiva, lógica y conciente– de la inteligencia preoperatoria, es decir, de la dependencia de la inteligencia de lo engañoso de los datos sensoperceptivos. En este sentido, toda explicación acuñada por el niño/a en este período se reestructura o reelabora posteriormente, por medio de los datos que aporta la inteligencia operatoria, ya independizada de las trampas de la percepción. Por lo tanto, así como tantas concepciones o explicaciones falsas que elaboran los niños ante las realidades del mundo humano y físico que enfrentan, son descartadas en el curso del desarrollo evolutivo, a saber, fecundación por el beso, nacimiento por el ano, o que los truenos y relámpagos persiguen a los chicos malos, la teoría sexual infantil de la castración –en tanto diferencia de sexos– debiera liquidarse de la misma forma. ¿Por qué permanece vigente en la mente adulta? Freud sostendrá que es el componente pulsional –reprimido en el inconciente pero vigente en el psiquismo– el responsable del temor a un supuesto castigo por medio del cercenamiento del miembro, que lleva a que la imagen de la mujer con pene no desaparezca y pueda reaparecer en sueños o en la vida anímica de los hombres adultos, sobre todo de los homosexuales platónicos, como se supone que era Leonardo. Como todo símbolo, presentifica aquello que falta (en la mujer) y que se teme perder (en los hombres).

La primera hipótesis con respecto a la permanencia en el inconciente de la imagen de la madre con pene, se fundamentaría en la permanencia –también en el inconciente– del deseo hacia la madre y su consecuente temor a la castración por parte del padre, en el niño varón. Esta necesidad de presentificar en la mujer el pene –aún en la vida adulta– por medio de una fantasmaticización que garantiza la integridad del miembro, sería la prueba de la vigencia y poder de la amenaza de castigo. Esta angustia se hace evidente y se encuentra con facilidad en los casos de homosexualidad masculina.

b. La madre fálica de los homosexuales es la madre real. “La

perversión materna

Pero Freud mismo parece no satisfecho con estas explicaciones de la naturaleza del recuerdo como un producto mixto de las autoexplicaciones que se proveen los varones, ante la diferencia de sexos y el temor al castigo por el deseo incestuoso. Freud añade que la presencia en el recuerdo de Leonardo de un elemento “activo y real” –“el buitre-pene-pecho”– haría pensar en la actividad real de la madre, algo así como: “La madre me ha estampado innumerables y apasionados besos sobre la boca”. La fantasía sintetiza el recuerdo de ser amamantado y besado por la madre (p. 100 del trabajo anteriormente citado).

Al hilo de esta suposición, Freud utiliza la insistencia y el encanto de la sonrisa “leonardesca” como prueba de un componente materno activo y efectivo en la infancia de Leonardo: “Cuando Leonardo consiguió reflejar en el rostro de Monna Lisa el doble sentido que ese sonreír poseía, la promesa de una ternura sin límites así como la amenaza funesta, con ello no hacía sino mantenerse fiel al contenido de su primerísimo recuerdo. En efecto, la ternura de la madre fue para él una fatalidad, comandó su destino y las privaciones que le aguardaban. La violencia de las caricias a que apunta la interpretación de su fantasía sobre el buitre no era sino cosa harto natural; la pobre madre abandonada no tenía más remedio que dejar que afluyeran al amor maternal todos sus recuerdos de caricias gozadas, así como su añoranza de otras nuevas; y era esforzada a ello, no sólo para resarcirse de no tener marido, sino para resarcir al hijo, que no tenía un padre que pudiera acariciarlo. Así, a la manera de todas las madres insatisfechas, tomó a su hijito como reemplazante de su marido y, por la maduración demasiado temprana de su erotismo, le arrebató una parte de su virilidad. El amor de la madre por el lactante a quien ella nutre y cuida es algo que llega mucho más hondo que su posterior afección por el niño crecido. Posee la naturaleza de una relación amorosa plenamente satisfactoria, que no sólo cumple todos los deseos anímicos, sino todas las necesidades corporales, y si representa una de las formas de la dicha asequible al ser humano ello se debe, no en último término, a la posibilidad de satisfacer sin reproche también mociones de deseo hace mucho reprimidas y que hemos de llamar ‘perversas’. Aun en la más dichosa pareja joven, el padre siente que el hijo, en particular el

varoncito, se ha convertido en su competidor, y de ahí arranca una enemistad con el preferido, de profundas raíces en lo inconciente” (p. 108-109).

De esta manera Freud propone otra explicación, otra capa del “recuerdo” que, como señala Laplanche “... no sería ya la superposición de una relación con el pene de la época edípica a la relación del lactante con el pecho, sino que tendría su origen en el hecho de que en la época misma de la lactancia habría habido otro tipo de relación con la madre” (p. 91).

c. ¿Psicogénesis múltiple de la homosexualidad o generalización de la madre fálica a todas las madres? La tesis de Laplanche

Freud admite una psicogénesis múltiple para la homosexualidad, como lo indica expresamente en el trabajo sobre Leonardo: “Lo que por razones prácticas se llama ‘homosexualidad’ acaso provenga de múltiples procesos psicosexuales de inhibición, y es posible que el discernido por nosotros sea uno entre muchos y sólo se refiera a un tipo de ‘homosexualidad’” (p. 94).

Sin embargo, en la teoría psicoanalítica la hipótesis de la complicidad materna y el concepto de madre fálica, en tanto aquélla que impone el deseo al hijo, se ha universalizado. Las madres de los homosexuales son todas madres insatisfechas que toman a sus hijitos como reemplazantes de sus maridos y, como sostiene Freud para la madre de Leonardo, “por la maduración demasiado temprana de su erotismo, le arrebató una parte de su virilidad” (p. 109).

Laplanche se basa, sobre todo, en este texto freudiano para un planteamiento que rebasa por su generalidad el caso de Leonardo y se extiende a la configuración inconciente, ya no sólo a la madre de homosexuales, sino a todas las madres: “... toda madre es, en cierto modo, una mujer insatisfecha que busca algo más allá de su marido” (p. 95), agregando “... en el <recuerdo> infantil de Leonardo se designa una figura *simbólica de la seducción*, de la implantación del deseo materno, que marca al niño y luego al adulto como un destino” (p. 97). Haciendo uso de la teoría del simbolismo sostiene que de eso nos habla Leonardo cuando dice que “... desde siempre, desde ese acontecimiento inmemorial, estuvo constantemente destinado a ocuparse del vuelo de los

pájaros. ¿Cómo desconocer en ese golpeteo de la cola del milano el juego sexual al que Freud alude aquí directamente: el juego del pecho con la boca?” (p. 97).

El texto de Freud sobre Leonardo es utilizado por Laplanche como uno de los puntos de apoyo para el planteamiento de nuevos fundamentos del psicoanálisis: la teoría de la seducción originaria generalizada, o sea la constitución de la sexualidad del niño/niña a partir del deseo-mensaje del adulto, la pulsión como emergente intersubjetivo de un objeto-fuente en la figura de apego. Tesis con la que concordamos en tanto el adulto de la diada temprana es el que aporta el componente de erogeneidad mayor, ya que se trata de una subjetividad compleja responsable de la asimetría que caracteriza las relaciones adulto/niño.

En el marco de la teoría freudiana de la seducción factual, la figura del adulto “pervertidor” fue ocupada por las niñeras, por los hermanos mayores, por el padre y, en el estudio sobre Leonardo, por la madre. Freud se autocriticó de esta generalización sobre la que recaía su fórmula de “la neurosis como negativo de la perversión”. A lo que Laplanche responde: “Pero esta objeción cae si aceptamos sustituir la perversión realizada por una mujer insatisfecha por *este dato cuasi estructural de la relación de la mujer con el pene*. Con Leonardo volvemos directamente a esta teoría de la seducción, de la cual decimos que es la verdad del apuntalamiento. Y el fantasma de seducción, ‘el recuerdo infantil de Leonardo’, nos acerca a lo que he llamado objeto-fuente. De todos modos, si no se puede afirmar con seguridad que el fantasma de Leonardo sea él mismo (¿quién osaría decirlo?) el objeto-fuente, cabe suponer que constituye uno de sus perfiles inconcientes más cercanos” (p. 98).

Pero Laplanche no se detiene en el planteamiento del papel de la madre, del adulto, en la constitución de la sexualidad oral del niño/a sino que, volviendo al trabajo de Freud, también se interroga sobre cómo situar en el recuerdo de Leonardo el pene fantasmático de la madre. ¿Es una fantasía del niño varón que se constituye retrospectivamente “hacia atrás”, proyectando una escena mítica de la lactancia a la luz del significado construido en la etapa fálica, entre los tres y cinco años?, o sea, un refuerzo importante de la tesis del *après-coup* freudiano. No es esa su idea: “... ese pene fantasmático de la madre no es aquél que le atribuye el niño hacia los cuatro años, sino aquél que la madre

sigue anhelando, particularmente a través del lactante, aquél en el cual eventualmente se proyecta, se unifica y acaso se sella la serie de sus deseos parciales” (p. 97-98).

Laplanche ahonda el planteamiento de Freud sobre “la roca” del complejo de castración femenina de difícil superación y que se renueva en la equiparación del niño en tanto falo materno. En este sentido es que puntualiza: “lo que la madre sigue anhelando a través del lactante y que unifica y sella la serie de sus deseos parciales”.

En la misma línea de pensamiento Lacan acuña la fórmula del hijo-falo de la madre como una pieza clave de su teoría. Así es que en el capítulo XI titulado “El Falo y la Madre Insaciable”, del *Seminario IV. Las Relaciones de Objeto* (1956-57), sostiene: “Esa madre insaciable, insatisfecha, a cuyo alrededor se construye toda la ascensión del niño por el camino del narcisismo, es alguien real, ella está ahí, y como todos los seres insaciables, busca qué devorar *querens quem devoret*” (p. 197).

Lo que en Freud aparecía insinuado en la idea de los besos de la madre del homosexual que erotizan al niño, Lacan lo reafirma y refuerza, “*ella está ahí y es alguien real*”, siendo Laplanche mucho más contundente aún, y así como generaliza y extiende la seducción –del acontecimiento eventual al componente obligado a través de los cuidados maternos–, lo mismo hará con los deseos parciales, y el pecho mismo de la madre se recubrirá con el significado de poseer un pene: “... se trata aquí de algo mucho más complejo en el sentido de que el falo no está solamente en la posición del hijo. El pecho mismo, en alternancia con el niño, en batimiento podríamos decir (para retomar esa imagen del batir de las alas), viene también a ocupar ese lugar fantasmático del falo que se empuja entre los labios del lactante” (p. 98).

El seno es el falo de la madre (esta idea ya está en Freud sobre el fantasma de *fellatio* en las mujeres como una forma de equiparación de su pezón al pene, y el deseo de succionar el pene en tanto pezón, o el pezón en tanto pene, no queda muy claro): “En una ocasión consigné que no hay que espantarse demasiado si en una mujer se encuentra la representación de mamar del miembro masculino. Esta chocante noción –decía– tiene un origen muy inocente, pues se deriva del mamar del pecho materno, para lo cual la teta de la vaca –una mama por su naturaleza, pero un pene por su forma y situación– asume una mediación convincente. El

descubrimiento del pequeño Hans corrobora la primera parte de mi tesis” (Freud, Vol X, p.8/9).

PSICOANALISIS DEL CONCEPTO DE LA MADRE FALICA. EL SESGO DE GENERO EN LA INVESTIGACION

Recapitulando, la madre fálica comienza siendo concebida por Freud como: a) una fantasía-teoría infantil –y de hecho, tanto la observación naturalista como la experimental, y los datos que provienen de la clínica de niños, así lo confirman–; b) un contenido presente en el inconsciente de hombres homosexuales; se supone que las madres de los homosexuales pueden haber erotizado excesivamente al niño; la clínica, en muchos casos, corrobora esta hipótesis, fruto de estudios retrospectivos. Luego posteriormente Lacan plantea que toda madre concibe a su hijo/hija como su falo, en una formulación ambigua sobre si “el falo que le falta” admite una lectura metafórica o si efectivamente lo concibe como su pene, en otras palabras si el hijo/a le permite fraguarse un destino, ser madre y completar su identidad femenina, o si este completamiento pasa por tener un pene y vivir, efectivamente, a su hijo/a como el pene que le falta. Laplanche amplía esta idea en dos direcciones: toda madre en tanto adulto atravesado por la sexualidad implantará en el bebé significantes enigmáticos y mensajes sexuales y la madre de Leonardo, y quizá la de todos los homosexuales, y quizá toda madre, concibe su pecho como un pene que se introduce entre los labios del niño.

¿Qué ha quedado invisibilizado en todos estos análisis? 1) La voz, las fantasías y las experiencias de la propia madre; 2) los efectos sobre la madre de la ausencia del hombre, del padre en la escena; 3) la identidad, el género del teórico que efectúa el análisis; 4) la metodología y sus sesgos posibles.

No hay ninguna duda que la maternidad es una experiencia a la que podemos adjetivar profusamente y que una mujer alcanza en ella placeres que no tienen comparación. Pero que no tengan comparación no quiere decir que se trata de excelencias de plenitud, sino que estamos frente a una experiencia de distinto orden. Cuando las mujeres viven, se refieren, describen, recuerdan las experiencias relativas al amamantamiento y la crianza puede que lo hagan con placer y embeleso, pero por lo general,

esto se acompaña con el relato de sus angustias, esfuerzos, desvelos y sensaciones de encierro, encadenamiento, responsabilidad y múltiples temores que la crianza implica. Es difícil para una mujer otorgar credibilidad a la afirmación de Freud: “El amor de la madre por el lactante a quien ella nutre y cuida es algo que llega mucho más hondo que su posterior afección por el niño crecido. Posee la naturaleza de una relación amorosa plenamente satisfactoria, que no sólo cumple todos los deseos anímicos sino todas las necesidades corporales ... ” (p. 109). Cuando una mujer se siente tan feliz en la maternidad es porque forma parte de una pareja que la respalda, la ayuda, para quien el hijo es importante y se halla legitimado. Y si la maternidad llega a esos umbrales de cumplimiento de “todos los deseos anímicos”, es porque el hombre hasta colabora “efectivamente” en los cuidados del bebé.

En una tira cómica se le preguntaba al hombre de una pareja cuántos hijos tendría la pareja en caso que los avances de la tecnología hicieran posible el embarazo de los hombres. Y la respuesta fue “no creo que más de tres, porque cuando me llegara el segundo turno a mí, pasaba”. No deja de ser curioso que Freud y Lacan conciban la maternidad en términos de tanta idealización, mientras que, como contrapartida, Melanie Klein nos describe un universo materno-infantil terrorífico, atravesado por el sadismo y la hostilidad, fuente de todos los conflictos humanos, cuya resolución exige reparación para la madre dañada.

No parece aventurado, entonces, introducir en este análisis histórico la necesidad de tener en cuenta, precisamente, para la explicación de experiencias del otro sexo-género, el sexo-género del investigador/ra.

LA MIRADA ANDROCÉNTRICA DEL TEÓRICO CONSTRUYE A LA MADRE FALICA

Pareciera que no es posible concebir una erotización o una experiencia sexual en la cual uno de los términos no sea un órgano masculino o su representante. Si la madre goza y tiene una experiencia compleja de placer, placer narcisista de tener un órgano del cual fluye un fluido que es alimento vital y permite la vida, el manantial de la especie; placer de ser capaz de una hazaña biológica; placer de hacerlo bien; placer de ver, constatar la

actividad de succión que genera; placer de un encuentro humano; placer de crear vida, el bebé crece, engorda y se articula en ser humano; placer del cambio corporal de su propio órgano, el pecho; con tensión física y alivio de la misma al vaciarse; placer de generar un encuentro íntimo; placer en la afectividad y el vínculo de ternura que se genera y, por qué no, también, placer sexual; ¿por qué sería una necesidad cuasi estructural para ella la de realizar una equivalencia simbólica de que su pecho es un pene que no tiene, y no que su pecho es como el seno de su madre que la alimentó –huella mnémica de la experiencia vivencial–, o el pecho que alimenta –símbolo altamente cualificado como tal por las instituciones, o su pecho es también ese órgano erógeno que da tanto placer a todo el mundo? ¿Por qué en la teoría se ha producido una suerte de cortocircuito que excluye al seno, en tanto esquema simbólico generador de fantasmas sexuales? ¿A qué se debe la presencia en el fantasma femenino de un pene? ¿Es la presencia de un pene en el fantasma una exigencia que surge de la propia subjetividad femenina como condición cuasi estructural o, podríamos plantear que, *no cuasi sino completamente estructural*, dada su biología, su anatomía y sus experiencias en torno a la madre y a sí misma, sería que el fantasma del pecho de la mujer incluyera el de la madre, como lo sugiere Melanie Klein?

¿Podemos concebir que el pene que se supone incluido en el pecho de la madre lo introduce, en realidad, la mirada del testigo de la escena de la pareja madre-bebé, como lo ilustra la historia de la pintura, la madona y el niño, y el pintor con su pincel? Habría que interrogarse si esa escena de beatífico arrobamiento que se supone entre la madre y el bebé, y que ha sido magnificada en obras de arte innumerables veces, no sólo por Leonardo sino por pintores de todas las épocas, no se genera, más bien, en el ojo del observador, tal como se concibe desde la teoría del espectador, el productor de la escena –el artista– creando la imagen que el espectador luego cree, “efectivamente ver” surgiendo del interior del personaje, en este caso, del fantasma de la madre (Maulvey, 1975). No deja de ser curioso que a continuación de la afirmación de Freud en el texto sobre Leonardo sobre “las mociones de deseo hace mucho reprimidas y que hemos de llamar ‘perversas’”, a punto seguido añade: “Aún en la más dichosa pareja joven, el padre siente que el hijo, en particular el varoncito, se ha convertido en su competidor, y de ahí arranca una enemistad con el

preferido, de profundas raíces en su inconciente” (p. 109). ¿Cuáles son los retoños del inconciente, los efectos mediatos del padre que se cuelan en las teorías, de esta enemistad inconciente que, por transformaciones sucesivas, parece desplazarse del hijo a la madre?

El observador de la escena del amamantamiento es, por lo general, un hombre y también es, por lo general, un hombre quien habla y teoriza sobre esa escena adjudicando al pecho un coeficiente de órgano sexual equiparable a su carácter nutricional. La ausencia del hombre en tanto agente de los cuidados le impide mirar el pecho como órgano nutricional y sólo lo concibe como órgano erótico, proyectando un exceso de erotización en esa escena. Daría la impresión que lo que se supone un plus de placer marginal de la madre, reprimido y vehiculizado a través de los cuidados, cuidados que requieren desvelos nocturnos, que se acompañan de agotamiento, agobio, encierro y hasta ansiedad en la madre, es elevado por el observador de la escena, hombre – teórico o artista – a la categoría de componente sexual privilegiado. Es decir, lo que es un órgano que se agrieta, que se edematiza y duele, queda invisibilizado en tanto experiencia concreta maternal, y sólo se lo entiende como órgano de placer puro.

A su vez, pareciera que para poder concebir “lo puro y duro” del placer de la madre durante el amamantamiento es necesario hacer corresponder dicha experiencia con el fantasma de un pecho en tanto pene, “del falo que se empuja entre los labios”. Resulta paradójico que la mujer deba fantasear un órgano inexistente e inapropiado para representarse una experiencia que tiene lugar delante de sus ojos, con el órgano que posee por derecho anatómico y apropiado para una función que le reporta enorme placer, que es ver como su cuerpo vitaliza, proporciona volumen, peso, actividad, descanso, a otro cuerpo que se transforma en un ser que sonríe. *¿No resulta más simple pensar que el observador de la escena, como bien lo señala Freud, entra en competencia y se introduce en la misma con los medios que conoce y experimenta, es decir, en términos fálicos?*

“...Aun en la más dichosa pareja joven, el padre siente que el hijo, en particular el varoncito, se ha convertido en su competidor, y de ahí arranca una enemistad con el preferido, de profundas raíces en su inconciente” (p. 109).

La clínica y la psicopatología nos enfrenta todos los días con los casos de depresión postparto, trastornos alimenticios, trastornos del sueño, del comportamiento de los bebés, que se hallan vinculados con la ansiedad materna, la cual precisamente no es indicador de una plenitud sin fisuras. Por otra parte, no toda mujer goza, preferentemente, con esa etapa de la vida temprana de sus hijos, sino que para muchas madres resultan más satisfactorios y placenteros momentos posteriores del desarrollo, cuando el niño se expresa, habla y es capaz de retribuir el cariño y el agradecimiento de forma más manifiesta e intencional.

Hasta el presente se ha considerado que la competencia del padre era hacia su hijo especialmente varoncito —y cada pintor puede tratar de compartir un poco de esa intimidad privilegiada entre el niño y la madre, eternizando y embelleciendo la escena. También puede tratar de estar presente por medio de suponer que algo suyo —el falo por ejemplo— es lo que la madre otorga al niño. De manera que al problema planteado por Freud sobre el status teórico y la forma de génesis del “recuerdo” de Leonardo —en la medida que nos puede servir como ilustración de la génesis de los recuerdos en general, como mezcla compleja de datos, deseos y creencias— debemos agregar la dificultad de concebir la naturaleza de la experiencia erógena maternal por investigadores ajenos a la experiencia de amamantamiento, al menos en su carácter activo. Se hace necesario contrastar estas hipótesis con instrumentos, hoy por hoy, disponibles: la microclínica de la díada madre/criatura, las manifestaciones de la madre sobre su propia experiencia y la participación del padre en actividades y comportamientos activos durante esta etapa vital, frente a los casos en que el padre o el hombre sólo es un observador pasivo, al menos de la experiencia de crianza, aunque pueda participar pintándola, fotografiándola, filmándola o teorizando sobre ella. Este tipo de participación pasiva y con alto componente voyeurístico podría inclinar la interpretación de la naturaleza de lo que circula entre mujer y criatura hacia representaciones de carácter “fálico-masculino”.

Nuestra hipótesis entonces sobre la creciente importancia que fue adquiriendo en la teoría psicoanalítica la fórmula de la madre fálica, se centra *en el sesgo de género del teórico en el proceso de la reconstrucción a posteriori, en la mecánica del recuer-*

do. O sea que sería necesario comparar las hipótesis surgidas por medio del método de la reconstrucción y de las construcciones psicoanalíticas con instrumentos de carácter observacional y evolutivos, y tener en cuenta el sesgo que el género del observador introduce en la concepción de una experiencia corporal, totalmente ajena a la subjetividad masculina.

Pero la necesidad de poner en contacto hipótesis generadas por el método retrospectivo con la observación actual, no cuestiona la validez de la teoría de la *reconstrucción a posteriori* freudiana, como la operatoria habitual de la memoria en lo que atañe a la realidad interpersonal y subjetiva. La teoría del recuerdo encubridor condensa lo anterior y lo posterior con relación al momento cronológico en que se sitúa el recuerdo. En realidad, se trataría de un punto de coagulación de una cantidad de dimensiones pulsionales, de distintos deseos del sujeto. Se trata de una subversión de la secuencia cronológica racional, lógica, real. Un recuerdo encubridor puede hallar el origen de su persistencia, de su nitidez, de su carácter “desubjetivizado”, en el hecho de que viene a reagrupar secuencias significativas que aparecieron cronológicamente después de él.

El reordenamiento secuencial, el *a posteriori* puede afectar la objetividad del recuerdo de dos maneras: 1) un significado actual sobre un hecho nimio —un gesto entre dos amantes— otorga carácter de sexual a acontecimientos vividos con anterioridad que habían sido enigmáticos para el niño, convirtiéndolos en traumáticos; 2) un hecho del pasado que produce un desequilibrio narcisístico al sujeto se mitifica por medio de una inversión o alteración completa de los hechos, deformación que adquiere fuerza de creencia por la exigencia del reordenamiento económico que encierra.

Esta segunda hipótesis del recuerdo encubridor es la que Freud elabora a propósito de Leonardo, en la fecunda idea de la similitud estructural de los procesos de producción que comparten el mito y el fantasma: “..Exactamente como los pueblos de oscuro origen —comparación que Freud emplea a menudo— se reconstruyen una historia mítica fabulosa y gloriosa, creándose un Rómulo y Remo. Leonardo se habría creado, para su interés narcisista, un origen mítico, cuasi divino, inspirado” (Laplanche, p. 87).

Esta conjetura freudiana aproxima, por no decir que hace equivalentes, la naturaleza y motivos generadores del mito —en

tanto construcción colectiva— y el recuerdo encubridor como producción individual. Tanto los mitos del antiguo Egipto como los mitos romanos presentan una concordancia de base con la fantasmática individual —en este caso de Leonardo. *¿Podríamos pensar entonces que en la teoría del hombre sobre la mujer, del hombre sobre la niña, tienden a deslizarse intereses narcisistas que desvían la mirada de oscuros hechos y fantasmas?*

Cuando Freud discurre sobre el simbolismo del buitre que abre la boca del niño y se empeña en hurgarle adentro, afirma que corresponde a una representación de *fellatio* y agrega que le “recuerda a ciertos sueños y fantasías de mujeres u homosexuales pasivos” (p. 80). ¿Cómo entender que la representación de *fellatio* pueda referirse *exclusivamente* a mujeres y a homosexuales, si no es por una exclusión del hombre adulto “normal” que solicita estas formas de placer sexual? Mann Kulish sostiene que diferenciar a la “madre fálica” de las imágenes del padre puede resultar difícil de distinguir en los travestistas y fetichistas masculinos (p. 240). O cuando Freud sostiene que Caterina, en tanto madre abandonada por su marido: “... tomó a su hijito como reemplazante de su marido y, por la maduración demasiado temprana de su erotismo, le arrebató una parte de su virilidad” (p. 109), sin hacer jugar ningún papel a la ausencia del padre como modelo perturbador de tal virilidad para el niño. ¿Cómo entender la relación de Leonardo con la figura del hombre viril, del padre, o de la paternidad teniendo como padre a un hombre que no se responsabiliza por la concepción de su hijo, que lo abandona hasta la edad de cinco años y que sólo se hace cargo posteriormente de él, pero en calidad de ilegítimo, a solicitud de su mujer y de la madre de su mujer como consecuencia de la esterilidad de la pareja? (Todo parece indicar en los datos sobre su biografía que dada la esterilidad de la pareja de Donna Albiera y Ser Piero “... el pequeño Leonardo pudo ser acogido en la casa paterna”) (p. 76).

No obstante, a pesar de la documentación existente sobre tal carencia, el déficit de virilidad de Leonardo —como el de la mayoría de los homosexuales compatibles con tal tipología— se atribuye a un despojo que realiza la madre, tanto de la virilidad del niño como de la del hombre, asumiéndose ella, fálica. Si entendemos que una madre de una familia monoparental no tiene más

remedio que asumir funciones de padre, no por placer y profundo deseo de suplantarlos sino obligada por las circunstancias, a esta situación, la más frecuente, debiéramos diferenciarla de otra – menos frecuente por no decir excepcional– en la cual el padre presente en el hogar es disminuido en sus funciones y la madre se erotiza con el niño. Habría que diferenciar las diversas configuraciones interpersonales e intersubjetivas que se despliegan en la tríada padre, madre e hijo varón. Entre una madre que no tiene vida sexual con el padre del niño por su propio deseo y erotiza a su hijo –a quien efectivamente considera su falo– y la madre que amamanta a su pequeño, añorando un padre ausente de la crianza, de la legitimación de su hijo y de la vida sexual de la pareja, existe una gama variada de psicopatología posible para ese futuro hombre, que no se reduce a la homosexualidad. Pero lo que sí podríamos comenzar a despejar es la categoría de madre fálica que nuevamente pareciera contener un coeficiente de masculinidad que no proviene, precisamente, de la subjetividad femenina, sino de la subjetividad del que observa la escena o del que teoriza sobre ella.

**LEONARDO O UNO DE LOS DESTINOS DEL HIJO SIN PADRE.
CONSECUENCIAS DE LA CODIFICACIÓN DICOTÓMICA DE LOS GÉNEROS:
LA TERNURA FEMINIZA.**

Nuevamente nos encontramos con una insuficiencia de la teoría por el desconocimiento ya no del concepto de género, pues Laplanche lo conoce, sino de la importancia de ponerlo a trabajar en la teoría psicoanalítica. Cuando Laplanche efectúa la relectura de Leonardo en el texto *La sublimación* (1987), aclara que “... más allá del pensamiento explícito de Freud, en el sentido que no es concebible siquiera que la distinción masculino/femenino no tenga cierta realidad subjetiva, preexistente a la investigación concerniente al sexo” (p. 90).

No obstante este saber, la ternura o los cuidados autoconservativos mezclados siempre con amor y sexualidad, que caracteriza al género femenino y que parecen gobernar la personalidad de Leonardo, no se incluyen en la comprensión de su caso. “Advertirán ustedes que, según este análisis, los homosexuales no están, insisto en ello, fijados al hombre, sino a la madre. Su elección de

una persona del mismo sexo es una elección narcisista. Para ir enteramente al fondo de la cuestión: se puede decir, y es ésta una de las paradojas en que no se insiste lo bastante en lo que concierne a la identificación, que la heterosexualidad realizada, en el hombre adulto, supone paradójicamente un Edipo homosexual fuerte porque la identificación con el padre presupone una ligazón amorosa fuerte con él durante la infancia. E inversamente, es la fuerza del lazo con la madre lo que se transforma en identificación; no necesariamente una identificación con el personaje materno, sino, en todo caso, *con su posición por relación al niño o al joven adolescente*” (P. 89).

Si cambiamos la perspectiva de la mirada, es decir, la posición desde la que pensamos la teoría, lo que constatamos en algunos homosexuales masculinos es, tanto “la falta de una ligazón amorosa fuerte con el padre durante la infancia”, como una predilección por la estética y las formas tiernas, por esas características de las mujeres que se ponen en juego en relación a los niños y a los adolescentes y que llamamos maternas en las mujeres y femeninas cuando las adopta un hombre. ¿Por qué no denominarlas, calificarlas de maternas y legitimar “la maternidad” en los hombres como algo que le falta a los modelos de paternidad vigentes, ya sea el padre feroz o el padre simbólico? Uno de los destinos funestos a los que conduce la dicotomización por géneros de las actividades humanas es que un hombre corre el riesgo de no ser considerado suficientemente masculino —y tampoco él mismo podría hacerlo— si en sus sentimientos y estética predomina la ternura, de la misma forma que una mujer que desee pilotear un avión o abrazar la actividad de la fuerza y la violencia legitimada, como es el enrolarse en el ejército, tiene que asumir que será considerada masculina. Pero sabemos que no todas las mujeres que adoptan actitudes y desempeñan actividades tradicionalmente de varón son lesbianas. Quizá si los hombres no rechazaran tanto a los hijos que engendran, sin responsabilizarse por su futuro, y si no repudiaran la ternura como expresión de feminidad, se introduciría una variante interesante en la causación de la homosexualidad masculina. Una se pregunta: ¿si Leonardo tuvo a Catarina, su madre que lo crió amorosamente, y luego encontró en la casa de su padre no sólo a una buena madrastra, Donna Albiera, sino a su abuela paterna, Monna Lucía, y luego las eterniza, probablemente, en Santa Ana, la Virgen y el Niño,

“ambas dotadas de la bienaventurada sonrisa de la dicha maternal”, no resulta un tanto sesgado ver allí el buitre, el falo, donde lo que resalta es el predominio de todo, menos del genital masculino?

LA MADRE FÁLICA EN LA MITOLOGÍA

En la mitología podemos encontrar muchos ejemplos de deidades maternas andróginas, las divinidades femeninas fálicas son legión tanto en la antigüedad egipcia como en la antigüedad griega y no se limitaban a la diosa Mut, una diosa secundaria del panteón egipcio. En la mayoría de sus figuraciones los egipcios dieron plasmación fálica a esta divinidad materna –la diosa Mut– por medio de una cabeza de buitre, un cuerpo caracterizado como femenino por los pechos, llevando un miembro masculino en estado de erección. Freud agrega la interesante idea que las figuraciones no son verdaderamente hermafroditas, en el sentido anatómico del término. En efecto, no reúnen órgano masculino y femenino (pene y vagina), sino que sobreagregan simplemente al pecho, atributo de maternidad, el miembro viril, según la primera representación que se hace el niño del cuerpo de la madre.

El considerar que el ave del recuerdo de Leonardo era un buitre le permitió a Freud establecer el enlace entre “madre” y el jeroglífico correspondiente a la deidad “Mut” y su cercanía con la palabra alemana “mutter”. Nexo que no se admite si el pájaro imaginado-soñado o visto en el acontecimiento real, fuera un milano. El buitre le permitió a Freud considerar que Leonardo, en su enciclopedismo, conocía el mito egipcio sobre la diosa Mut y plantearse la elección del ave como recuerdo pantalla para simbolizar a su madre.

Coincidimos con la posición sustentada por James Strachey en el prólogo de *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* sobre el valor psicoanalítico que este texto conserva a pesar de la inaplicabilidad de las puntualizaciones referidas a Egipto: “... el error de Freud no afecta al estudio en lo que tiene de esencial: la minuciosa reconstrucción de la vida emocional de Leonardo a partir de sus primeros años, la descripción del conflicto entre sus impulsos artísticos y científicos, el análisis profundo de su historia psicosexual” (p. 58). Entre la fantasía y el mito no parece haber

un nexo inmediato si admitimos que no se trata de un buitre, sino un milano, lo que aleja toda relación con un referente mitológico de la fantasía individual de Leonardo, pero de cualquier modo ello no dejaría de plantearnos el interrogante de cómo llegaron los antiguos egipcios a vincular las ideas de “buitre” y “madre”. Este es el camino que toma Freud en su investigación del fantasma infantil, obviamente también presente para los niños egipcios.

Para el propósito de nuestra investigación, el error de Freud en la atribución del significado de buitre al recuerdo encubridor de Leonardo, cuando en realidad se trataba de un milano, lejos de constituirse en un obstáculo presenta una enorme importancia. Nos permite rastrear la continuidad entre el mito y el fantasma individual en el interior mismo de la teoría psicoanalítica sobre la feminidad, como otra de las manifestaciones del poder de permanencia de esquemas simbólicos dominantes que hacen sombra y oscurecen la elucidación de realidades, a través de siglos de civilización humana. La construcción que Freud hace en la teoría está gobernada por las mismas reglas de lo imaginario que las del mito y del fantasma individual. En este sentido, nuestro objetivo ha sido tomar el concepto de madre fálica e intentar mostrar que no hace sino reproducir, en el plano de la teoría, las fantasías y fantasmas que rigen las teorías infantiles y los mitos.

BIBLIOGRAFIA

- FREUD, S. (1910). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. *Obras Completas*, vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu (1979).
- KULISH, N. (1986). Gender and transference: The screen of the phallic mother. *Int. Rev. Psycho-Anal.*, 13, 393-404.
- LACAN, J. (1956-1957). Seminario 4. Las relaciones de objeto. *Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós.
- LAPLANCHE, L. (1980). *La sublimación. Problemática III*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987.
- MAULVEY, L. (1975). Visual Pleasure and Narrative Cinema. *Screen*, 16, 6-18.

UN RECUERDO INFANTIL...

Descriptores: Femenidad. Madre fálica. Maternidad. Recuerdo.

Emilce Dio Bleichmar
Diego de León 44, 30 izq.
28006 Madrid
España